LA ADMINISTRACIÓN DE FILIPINAS DURANTE LA CAPITANÍA GENERAL DE VALERIANO WEYLER (1888-1891)¹

THE ADMINISTRATION OF THE PHILIPPINES DURING
THE CAPTAINCY GENERAL OF VALERIANO WEYLER (1888-1891)

Alberto Guerrero Martín

Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), España

ORCID: 0000-0002-2090-0853

baybars91@gmail.com

Resumen | En este trabajo se presenta un estudio del papel llevado a cabo por Valeriano Weyler y Nicolau durante su mandato como gobernador general de Filipinas, de 1888 a 1891. Weyler, un militar nombrado por los liberales, antes que reformas políticas, aplicó en el archipiélago una serie de medidas con el objetivo de mejorar la situación general de la población indígena, regenerar la administración y ampliar las áreas de colonización a zonas aún no dominadas, como Luzón, Bisayas y, sobre todo, Mindanao, gracias a exitosas campañas militares. Fomentó, como también lo había hecho su sucesor Emilio Terrero, el uso del castellano, y se valió del apoyo de las órdenes religiosas para llevar a cabo algunas de sus políticas. No desatendió tampoco las fuerzas militares de la colonia. Su llegada a Filipinas fue bien recibida por los contrarios a las políticas reformistas de su antecesor, que Weyler desaprobaba por no considerarlas las más adecuadas para el archipiélago en aquellos momentos. En su opinión, lo primero que había que hacer era impulsar el progreso del país y volcó todos sus esfuerzos en la difusión de la instrucción, y en el fomento del castellano para mejorar la relación entre los gobernantes y los gobernados.

Palabras clave: Órdenes religiosas, política colonial española, organización militar, educación, ejército colonial.

Abstract | This work presents a study of the role carried out by Valeriano Weyler y Nicolau during his tenure as governor general of the Philippines, from 1888 to 1891. Weyler, a military appointed by the liberals, rather than political reforms, applied in the archipelago a series of measures whose aim was improving the general situation of the indigenous population, regenerating the administration and expanding the colonization areas over territories not yet dominated, such as Luzón, Bisayas and, above all, Mindanao, through successful military campaigns. He encouraged, as his predecessor Emilio Terrero, the use of Spanish, and leveraged the support of the religious orders to implement some of his policies. He did not neglect the military forces of the colony either. His arrival in the Philippines was well received by those opposed to the reformist policies of his predecessor. Measures that Weyler disapproved for not considering them the most appropriate for the archipelago at that time. In his opinion, the first thing to do was to promote the progress of the country. For this, he turned all his efforts into the dissemination of instruction and the promotion of Spanish to achieve a better relationship between the rulers and the governed.

Keywords: Religious orders, Spanish colonial policy, Military organization, Education, Colonial army.

¹ Recibido/Received: 02/05/2021

Aceptado/Accepted: 07/06/2021

| Introducción |

La historia de Filipinas ha merecido en los últimos años mayor atención por parte de la historiografía, proceso que empezó a gestarse en los años setenta de la pasada centuria. Así, una serie de historiadores, como es el caso de la destacada filipinista María Dolores Elizalde, centraron su atención en un área geográfica donde la presencia española se contaba por siglos. Aquí se pretende proporcionar una nueva visión sobre la historia de Filipinas, esta vez analizando el papel desempeñado por el general Valeriano Weyler como capitán general de este archipiélago.

Dado que Weyler es más conocido por su actuación, discutida en muchos aspectos, en la guerra de Cuba, la intención de este trabajo es dar a conocer su papel como capitán general de Filipinas y los logros que allí alcanzó, aportando así una nueva visión sobre una figura tan controvertida por su actuación en Cuba y en cierto modo relegada de la historia contemporánea de España. Se reflejarán las relaciones mantenidas entre Weyler, principal autoridad en el archipiélago, los frailes y la población filipina durante sus tres años como capitán general (1888-1891).

A pesar de la inmensidad del territorio, de los escasos medios de los que disponía y de su lejanía de España, Weyler conseguirá dominar la situación, llevando a cabo también una importante reorganización de la educación a través del impulso que dio al aprendizaje del español. En el plano militar realizó una serie de exitosas campañas de contraguerrilla —algo en lo que había cobrado sobrada experiencia en la guerra de Santo Domingo y en la de los Diez Años de Cuba—, que no harían más que confirmar su fama más que merecida de duro y eficiente militar. Deseoso de reafirmar el dominio colonial español, buscó la colaboración de las órdenes religiosas, quienes siempre habían desempeñado un destacado papel en la administración de Filipinas, convirtiéndolas en el mejor instrumento de un gobierno en el que se acentuó la presión militar y colonial sobre el archipiélago.

El objetivo de este trabajo será demostrar que Weyler, “hombre de ideas avanzadas” (Weyler, 2004: 168), buscó el apoyo de los religiosos para reafirmar el dominio colonial español sobre un territorio insular tan alejado de la metrópoli. También se quiere evidenciar que la acertada reorganización de las fuerzas militares allí desplegadas y su eficaz mando consiguieron apaciguar todas las rebeliones. Esto último permitirá asimismo comprobar la escasez de trabajos publicados sobre el ejército colonial en Filipinas tanto en la actualidad como por los tratadistas militares decimonónicos. A tal objeto, se dividirá la exposición en cinco apartados: 1) la situación de Filipinas antes de la llegada de Weyler; 2) sucinto estudio prosopográfico de Weyler; 3) las relaciones con las órdenes religiosas; 4) la reorganización de la educación, y 5) organización militar.

Como fuentes de documentación principales, cabe destacar las guías oficiales que se editaron en Filipinas durante esos años, la *Gaceta de Manila*, las memorias del general Weyler, así como la documentación sobre la capitánía general de Filipinas y gobiernos

militares, situada en el Archivo General Militar de Madrid. A ello habrá que añadir la bibliografía sobre Filipinas, tanto reciente como contemporánea, del período estudiado.

| La situación de Filipinas antes de la llegada de Weyler |

Unas décadas antes de la llegada de Weyler a Filipinas, España había empezado a mostrar un mayor interés por un archipiélago de más de 7000 islas en el que su presencia se remontaba al viaje realizado en 1521 por Fernando de Magallanes, quien tomó posesión de estas para el rey Carlos I y murió en la isla filipina de Mactán el 27 de abril de dicho año. La conquista definitiva tuvo que esperar a 1565 de la mano de Miguel de Legazpi, que colonizó Filipinas y fundó Manila. Desde entonces, y hasta 1898, las islas Filipinas formaron parte del Imperio español. En los años de la capitania general de Weyler estaban habitadas por cerca de siete millones de habitantes de características muy diversas². No obstante, había algo que les unía y era “la permanencia de la organización indígena en la política local, la dedicación mayoritaria a las actividades agrícolas volcadas hacia el comercio exterior, y la aparición de una nueva clase media ilustrada y comprometida con el desarrollo económico de la isla”. De esta población indígena surgió también un movimiento nacionalista que buscaba la independencia (Elizalde, 1998: 300). Una parte importante del malestar de la población a finales de siglo XIX tuvo que ver con la “labor subversiva” del clero indígena, exasperado por los continuos desprecios abusos del clero peninsular, a lo que había que sumar la propaganda de los filipinos que habían estudiado en España, deseosos de las “prebendas reservadas a los peninsulares” (Puell, 2003: 194).

Madrid nunca mostró hasta estos años gran interés por esta colonia asiática, ni siquiera al perderse los territorios en América durante el reinado de Fernando VII, quien decidió entonces convertir al gobernador de Manila en capitán general, uniéndose en su figura prerrogativas militares y civiles (Puell, 2003: 190). Esta falta de interés por parte de la metrópoli motivó una carencia de inversiones en Filipinas y el despliegue de unas fuerzas militares insuficientes para controlar la vasta extensión de este archipiélago, ya que España centraba todos sus recursos en sus colonias antillanas. Grave error si se tiene en cuenta la potencialidad de recursos que Madrid también podría obtener de Filipinas y de las otras islas del Pacífico en su posesión, de haber manifestado una mayor atención por esas colonias, algo que, sin duda, no habrían desaprovechado otras potencias con apetencias coloniales en Extremo Oriente, como Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, Alemania o la cercana Japón³. Además, Filipinas había dado menos problemas a España que la isla de Cuba, en la que ya en 1868 se había producido una revuelta que implicó una guerra larga de diez años y el consumo desproporcionado de hombres y recursos. Si bien es cierto que siempre había habido algún tipo de resistencia frente a los españoles

² En su mayoría de raza malaya, pero también mestizos, chinos y europeos. Esta división no era solo étnica, sino también religiosa (animismo, “cultos monoteístas del islam”, cristianismo) y lingüística, con una multitud de dialectos, entre los que destacaban el tagalo, árabe, chino y el español (Elizalde, 1998: 304).

³ La Armada española siempre había visto como una gran amenaza en Filipinas la creciente expansión militar del Japón Meiji, quien en 1886 ofreció 100000 fusiles a los insurrectos filipinos (Togores, 2019: 57).

en Filipinas, como la que representaron los piratas moros, esta no había sido de gran entidad y hubo que esperar hasta la revuelta de Cavite de 1872 para empezar a preocuparse seriamente.

Desde que se descubrió el archipiélago, estuvo bajo la jurisdicción castrense. Hasta 1717 fueron los marinos quienes representaron al Estado y, después, estas funciones pasaron a desempeñarlas los generales del Ejército de Tierra (Puell, 2003: 190). La máxima autoridad la representaba el Gobernador General, quien desempeñaba el mando del Ejército y de la Armada, quedando todos los cargos de Filipinas bajo su autoridad, por lo que sus poderes eran muy extensos. A su vez, el archipiélago se dividió en distritos, administrados por gobernadores civiles y “político-militares, que se encargaban de los asuntos gubernativos, económicos y militares” (Elizalde, 1998: 301).

Por otro lado, hay que destacar el importante papel desempeñado por las órdenes religiosas en Filipinas. En aquellos lugares en los que no existía presencia española más allá de los religiosos fueron los únicos “interlocutores entre el gobierno y los indígenas”. Sin embargo, sus funciones no eran solo religiosas, ya que también lo fueron educativas y hasta económicas al ser los propietarios de suelo urbano y tierras de labor, además de participar en otras actividades comerciales (Elizalde, 1998: 301).

La presencia de peninsulares fue escasa, en torno a los 10000, lo que se sintió sobre todo en el ejército. Weyler escribió en sus memorias que debido al clima de la isla “no había familia española que pudiera permanecer en la isla más de tres generaciones” (Weyler, 2004: 134). También, según Elizalde, la razón se debía a que los sistemas de explotación no precisaban mano de obra traída de España y a que el Gobierno español no contempló enviar a Filipinas excesos de población por la sencilla razón de que España no tenía ese problema. Tampoco fue preciso establecer una colonia penal a imagen y semejanza de lo hecho por Gran Bretaña en Australia. Por último, la lejanía del archipiélago empujaba a la iniciativa privada a ir a destinos más cercanos, como podía ser Cuba (Elizalde, 1998: 301). Asimismo, hay que resaltar la importancia en número de los residentes chinos, que controlaban el pequeño comercio⁴.

El antecesor de Weyler en la capitanía general de Filipinas fue el teniente general Emilio Terrero y Perinat, quien desempeñó este cargo entre abril de 1885 y marzo de 1888. Aunque fue nombrado por el gobierno conservador de Antonio Cánovas del Castillo, ejerció buena parte de su trabajo durante el gobierno liberal de Práxedes Mateo Sagasta. En Filipinas aplicó una serie de medidas reformistas impuestas desde Madrid con el objetivo de lograr “una mayor asimilación de las islas a la Península”. Estas reformas se basaron en la aplicación de los códigos civil y penal, un nuevo código de comercio y la creación de los gobernadores civiles y juzgados de primera instancia. Además, se

⁴ Para el estudio de la presencia china en Filipinas, consúltese E. Wickberg (1965). Sobre la presencia china en las Filipinas el propio Weyler indicó que era una colonia “numerosa, trabajadora y frugal”. Trataba de mantener sus costumbres, aunque algunos se bautizaban y “llevaban los apellidos de sus padrinos españoles, pero la mayoría, tan pronto reunían los pesos necesarios para alcanzar sus objetivos, regresaban a su país” (Weyler, 2004: 134). No obstante, su nieto señaló que los chinos competían en “laboriosidad y frugalidad” con los nativos, por lo que trató por todos los medios “entorpecer y suprimir” a esta inmigración “por considerarlo antieconómico y poco político”. Si no pudo hacerlo, fue por las presiones de la embajada china en Madrid (Weyler, 1946: 69).

pretendió impulsar la enseñanza del castellano, desarrollar las infraestructuras o intentar reducir el papel que los religiosos tenían en la vida política de las islas (Elizalde, 2016: 1). Estas medidas fueron muy bien recibidas por los reformistas de Filipinas, no así por aquellos que defendían el mantenimiento de la situación por ir en contra de sus intereses, como fueron los religiosos, grupo de enorme influencia en el archipiélago y que se veía amenazado por estas políticas.

Con el clero Terrero mantuvo serios conflictos, ya que antes de su llegada a Filipinas se había decidido disminuir sus salarios y le tocó a él establecer esta medida. Por otro lado, fue duramente criticado por las órdenes religiosas debido a su política de atracción con los filipinos. Los conflictos fueron corrientes, como el conocido de Binondo (Díez Muñiz, 1991). El más importante de todos sucedió en 1887, cuando el director de la Administración Civil, Benigno Quiroga, obedeciendo órdenes de sus superiores, prohibió el traslado de cadáveres a las iglesias y la celebración de “funerales de cuerpo presente” por motivos de higiene y salud pública. Aun siendo una medida lógica, el problema radicó en que el procedimiento usual en el que los párrocos daban órdenes a los gobernadorcillos nativos se cambió y fueron estos los que ordenaban ahora, a lo que muchos clérigos se negaron, “aludiendo a creencias y prácticas religiosas profundamente arraigadas a nivel social”. Terrero tomó medidas a las que se negaron y el arzobispo de Manila, Fray Pedro Payo, para evitar males mayores, recomendó acatar las órdenes. Pero, posteriormente, Payo y los clérigos presionaron a Madrid para destituir a Terrero (Elizalde, 2016: 10-14).

El 1 de marzo de 1888 fue organizada en Manila una manifestación en la que participaron más de ochocientas personas, entre las que se encontraban nativos, mestizos y peninsulares defensores de las políticas reformistas de Madrid aplicadas por Terrero. Al finalizar, se entregó a José Centeno y García, gobernador civil de Manila, un manifiesto en el que apoyaban esas políticas por considerarlas favorables para los intereses de Filipinas, pero también se acusaba a los religiosos de “fomentar la inestabilidad, tratar de manipular las leyes y obstruir el progreso”, por lo que pedían el cese del arzobispo Payo, la supresión de las órdenes religiosas e incautar sus haciendas. Payo apeló al ministro de Ultramar y se demostró que los grupos opuestos a las reformas y los clérigos tenían gran influencia en Madrid, pues Terrero fue relevado por Weyler (Elizalde, 2016: 15-18).

Para Elizalde las medidas reformistas adoptadas durante el mandato de Terrero fueron positivas y defiende la revalorización histórica de este gobernador. En el caso de los gobernadores civiles, que vinieron a sustituir a los jueces de primera instancia y que se crearon por Real decreto de 6 de marzo de 1886, y de los jueces de primera instancia, por Real decreto de 27 de abril de 1886, se pretendió impulsar la separación de poderes⁵. Terrero mejoró las infraestructuras de las islas, llevando la luz eléctrica a las orillas del Pasig y aprobó a mediados de junio la construcción del ferrocarril entre Manila y Dagupan. Además, tuvo un papel muy importante en el proceso colonizador, pues consolidó la presencia española en dos áreas donde esta era escasa, Mindanao y

⁵ Por Real decreto de 28 de marzo de 1886 se especificaban las atribuciones de los gobernadores civiles, señalándose que estos serían en la provincia de su mando los representantes del gobernador general de las islas; “la primera autoridad en el orden jerárquico, y la superior en el administrativo y económico”, *Gaceta de Madrid* (GM), n.º 87.

Micronesia. También llevó a cabo la ocupación efectiva de las islas Carolinas y Palaos para afianzar la soberanía española en estas islas y evitar que otras potencias, como podía ser Alemania, se apropiasen de estos territorios. Esto conllevó, durante el mandato de Cánovas, una disputa con Alemania, en 1885, que finalmente se resolvió con la mediación del papa León XIII, “que refrendó la soberanía española sobre aquel ámbito, pero concedió derechos de explotación y comercio a Alemania” (Elizalde, 2016: 7-8)⁶. Las amenazas a la soberanía española en el Pacífico no se limitaron al citado contencioso hispano-alemán, ya que entre 1873 y 1885 también hubo otro con los británicos y los alemanes en torno a la soberanía española sobre el norte de Borneo y Joló. Ambas crisis hicieron darse cuenta a Madrid de que poseían unas “ricas y codiciadas colonias en el Pacífico”, aunque esto llegó con mucho retraso y no pudo evitar la pérdida de estos territorios en 1898 (Togores, 2019: 55).

En cuanto al conflicto con Alemania en las islas Carolinas, la actuación de Terrero recibió duras críticas por parte de José Montero y Vidal, quien opinó que había habido “deficiencia, torpeza, descuido, cobardía quizá y hasta un atentado de lesa nación, no resulta ningún culpable, sea el Gobierno, sean los marinos, sea el gobernador de Filipinas, que alguno necesariamente lo es” (1886: 491).

Según Retana, a la llegada de Weyler el estado de Filipinas no podía ser más crítico⁷. Para este autor esto se debía a dos causas. En primer lugar, a la política “desatendida” llevada a cabo por su antecesor Terrero, “mal aconsejado por alguno de sus allegados”. Por otro lado, por la implantación por el “Gobierno de la Metrópoli de reformas de extraordinaria trascendencia que causaron en las islas un espantoso desorden”. También señalaba que durante la capitanía general de Joaquín Jovellar Soler (1883-1885) se promulgaron disposiciones que quebraron la “paz política de la colonia”, refiriéndose, por ejemplo, al “desestanco del tabaco y la supresión del tributo (impuesto de este nombre)”. De suma importancia fue la reducción del trabajo personal obligatorio de cuarenta a quince días, pero haciéndolo obligatorio a todos los habitantes del archipiélago, salvo para aquellos que “adquiriesen cédula de sexta clase o superior a la indicada”. Esta medida tan igualitaria “echó por tierra los clásicos privilegios de los indios titulados principales” (Retana, 1896: 17-18).

Para Retana el establecimiento del código penal, la Ley de enjuiciamiento civil o la creación de los jueces de paz en tiempos de Terrero, medidas para las que no estaba preparado el país, provocaron graves conflictos. La llegada de Weyler se produjo entonces “cuando en el organismo político se operaba una verdadera revolución; cuando todo estaba desquiciado”. Asimismo, señaló como un error la supresión por el ministro de Ultramar Germán Gamazo en 1886 de la institución de los alcaldes mayores, quienes fueron relevados por los gobernadores civiles. Si esta reforma fue un fracaso se debía, según Retana, a que no se les exigió experiencia en el país, como sí se exigía a los

⁶ Véase M. D. Elizalde (1992).

⁷ Wenceslao E. Retana (1862-1924) marchó con 22 años a Filipinas como funcionario de Hacienda, permaneciendo allí seis años. Durante ese tiempo desarrolló una intensa actividad periodística y realizó numerosos trabajos históricos sobre Filipinas, lo que le granjeó fama de erudito en temas filipinos. Su obra *Mando del general Weyler en Filipinas* defiende su gestión en el archipiélago e incorpora una gran variedad de documentos oficiales y privados que la dotan de gran valor histórico (Caulín, 1993: 419-424).

gobernadores político-militares. No obstante, lo que para Retana más trascendencia tuvo fue la ya mencionada manifestación política del día 1 de marzo de 1888 en Manila. “Burda comedia”, que no habría salido adelante si en Terrero, Centeno y Quiroga, “hubiese habido algún más tacto político, alguna más previsión y... ¿por qué no decirlo? mayor patriotismo del que probaron tener entonces”. El Gobierno de Madrid suspendió a Centeno de sus funciones, se amonestó en privado a Quiroga y Terrero fue relevado por Weyler, a quien se le encargó mantener el orden público y estudiar con detenimiento las reformas planteadas en Filipinas (Retana, 1896: 19-24).

Y continuaba Retana sus críticas al antecesor de Weyler señalando que a Terrero le faltaba personalidad; que era “bondadoso y conciliador”, y que su punto débil era la “ductilidad” de su carácter (1896: 18). Retana se mostró muy crítico con Terrero, lo que influyó en los juicios que sobre él se hicieron, “perviviendo una visión muy negativa de aquel gobernador”. A Retana también se sumaron en sus críticas a Terrero la prensa de la época o uno de los autores más importantes para el estudio de Filipinas en la centuria analizada, José Montero y Vidal (Elizalde: 2016, 4).

| Breve semblanza del capitán general |

El general Valeriano Weyler y Nicolau (17 de septiembre de 1838 - 20 de octubre de 1930) nació en Palma de Mallorca, en el seno de una familia de tradición militar e importante formación académica —su abuelo paterno, Guillermo Weyler y Stratten, decidió trasladarse a España en la segunda mitad del siglo XVIII, alistado en las Reales Guardias Valonas; su padre, Fernando Weyler Laviña, fue doctor en medicina e ingresó en 1832 en el cuerpo de Sanidad Militar—. Gracias a su vasta cultura llegó a ser con el tiempo presidente de la Academia de Ciencias y Cirugía de Palma de Mallorca, académico de la Real de Medicina de Madrid, académico de la de Medicina y Cirugía de Barcelona, y de la de Ciencias y Artes. También fue académico correspondiente de la Real de la Historia (Weyler, 2004: 21-25).

Terminó sus estudios en 1856, y fue promovido a subteniente. Se le destinó a Madrid, al Regimiento de la Reina número 2, donde dedicó su tiempo libre a preparar los exámenes para el ingreso en la Escuela de Estado Mayor, en la que ingresó en 1857, ascendiendo a teniente al terminar el curso. Allí tuvo a Arsenio Martínez Campos como profesor de la clase de Geodesia, Topografía e Historia Militar. En 1868 empezó sus prácticas reglamentarias de Infantería, destinado en el Regimiento Luchana, en Palma de Mallorca. Las prácticas de Caballería las realizó en el Regimiento Numancia, de nuevo en Madrid. Para su disgusto, no pudo participar en la guerra de África, por lo que decidió solicitar al general Juan Prim poder acompañarle en la expedición a México, a lo que este se negó alegando que lo mejor era que esperase a terminar sus prácticas antes de volver a solicitarle este destino. Así, en mayo de 1862 marchó a Sevilla para continuar con sus prácticas, esta vez en Artillería. Allí fue introducido en los “salones de la gran sociedad” por la viuda del general Shely, dama de la infanta Luisa Fernanda. Concluidas sus

prácticas, fue ascendido a capitán del cuerpo de Estado Mayor (EM) y destinado a Baleares.

En aquellos tiempos, la fiebre amarilla causaba muchas bajas entre las tropas españolas desplegadas en Cuba, por lo que se anunciaron dos vacantes de comandante de Estado Mayor para ultramar; siendo Weyler el único solicitante, se cubrió la segunda por sorteo. Llegó a la isla de Cuba el 21 de mayo de 1862, aunque estuvo poco tiempo en la isla, pues al conocerse los graves sucesos ocurridos en Santo Domingo solicitó marchar allí con las fuerzas expedicionarias, solicitud que le fue concedida (Weyler, 2004: 28-41). Fue en la expedición a Santo Domingo de 1863 a 1865 donde Weyler empezó a labrarse su merecida fama de duro y eficiente militar, cimentada sobre todo durante la Guerra de los Diez Años en Cuba (1868-1878), en la que comandó a los célebres Cazadores de Valmaseda⁸. Posteriormente, participó en la Tercera Guerra Carlista (1873-1875). En 1878 ascendió a teniente general por su participación en esta guerra (Weyler, 1946: 57). Nombrado capitán general de los siguientes territorios: Canarias (1878-1873), Baleares (1883-1886), Filipinas (1888-1891), Burgos, Navarra y Vascongadas (1893) y Cataluña (1896-1897). Fue también ministro de la Guerra en 1901, en 1902 y en 1906, además de permanecer varios años al mando del Estado Mayor del Ejército (Alonso, 1971: 315).

Su mando más importante fue el de Cuba entre 1896 y 1897, en el que su figura se revistió de luces y de sombras, sobre todo al haber sido acusado de duro e inmisericorde en su lucha contra los insurrectos cubanos. Era el “hombre de confianza de Cánovas y la gran esperanza de los españoles en orden a la derrota de los insurrectos”. Pero también fue la figura hacia la que apuntó la crítica internacional y “sobre quien se amontonaron los improperios de españoles y extranjeros” (Alonso, 1971: 226). Como ya indicó Seco Serrano en el prólogo de las memorias del general Weyler, su figura está íntimamente vinculada al problema de Cuba, sobre todo en lo relacionado a la propaganda antiespañola desarrollada por los norteamericanos, pero también al desarrollo de la guerra y su desenlace (2004: 9).

Las preocupantes noticias llegadas desde las islas Filipinas movieron a Sagasta a enviar a Weyler al archipiélago, cuando era ministro de Ultramar Manuel Becerra⁹. El 1 de marzo se produjo en Manila una manifestación pidiendo la expulsión de las órdenes religiosas, motivada por la nueva regulación sobre enterramientos y el mencionado incidente de Binondo. El malestar era tan grande en Manila que la mayoría de los peninsulares dormían armados y agrupados en edificios por temor a que se volviesen a repetir “los desgraciados incidentes de Cavite de 1872” (Weyler, 2004, 129).

Según relata Retana, cuando en Filipinas se supo que el sucesor de Emilio Terrero sería Weyler, “los españoles y filipinos afectos a la buena causa respiraron”. Y es que al general Weyler se le juzgaba en muy elogiosos términos, que Retana no tiene reparos en recoger:

⁸ Sobre el papel de Weyler al mando de los Cazadores de Valmaseda durante la guerra de los Diez Años, véase A. Guerrero (2020).

⁹ Fue nombrado capitán general de Filipinas el 15 de marzo de 1888 y permaneció en ese puesto hasta el 17 de noviembre de 1891, cuando fue sucedido en el cargo por Eugenio Despujol y Dusay (1834-1907), conde de Calpe.

Hombre de gran ilustración y extraordinaria energía, dotado de una actividad vertiginosa, no hallará en el país quien le supere en celo por el cumplimiento de sus muchas y complejas obligaciones; en Canarias ha dejado memoria imperecedera, y a ella debe el título de marqués de Tenerife. Es de escasa talla y pocas carnes; pero de acero. Ha sido el general más joven del Ejército; su bravura como militar está repetidamente comprobada; que lo digan sobre todo los insurrectos cubanos (Retana, 1896: 3-4).

Weyler llegó a Manila el 5 de junio de 1888, acompañado de su esposa Teresa y de sus cuatro hijos, además de sus ayudantes Tejada, Polo y Pintos (Weyler, 2004: 130)¹⁰. El 6 de junio de 1888 dirigió una alocución al pueblo filipino:

Habitantes de Filipinas: // Al arribar a estas playas os saludo en nombre de S. M. la Reina regente y de su Gobierno, felicitándome de encontrarme al frente de un pueblo, que sin distinción de razas, tantas pruebas ha dado de su lealtad, obediencia y respeto y que siempre amantes de nuestra Patria y del progreso de este bello país, espero me ayudéis a fomentar la agricultura, el comercio, la industria y las obras públicas; y a aumentar vuestra instrucción y vuestra cultura, con lo cual, podrán desarrollarse las grandes fuentes de riqueza con que cuenta este suelo. A este progreso he de dedicar mis afanes, procurando con la más estricta justicia y moralidad en la administración, hacer que el gobierno del que estoy encargado, sea todo lo paternal que desea nuestra grande Madre, bajo cuya bandera, siempre victoriosa, desea se cobijen todos estos habitantes más por el convencimiento que por la fuerza, constituyendo así un gran pueblo, rico y feliz. // Dichoso me consideraré si puedo contribuir poderosamente a realizar estos fines en el tiempo que tenga la honra de ser vuestro gobernador general, capitán general¹¹.

Retana esbozó un retrato elogioso del general Weyler. Buena muestra de ello es cuando indicaba que en los tres años y medio que Weyler estuvo en Filipinas no se le conoció ningún acto de esa crueldad de la que tantas veces se le había acusado. Para reforzar esta afirmación puso como ejemplo el indulto al indio bisaya Dalmacia Alum, quien condenado a la terrible pena de garrote vil fue indultado en el último momento por Weyler (Retana, 1896: 4)¹². Elizalde por su parte no es tan elogiosa con Weyler como lo fue Retana en su momento, puesto que afirma que Weyler hizo lo que creyó “más conveniente para preservar la soberanía española en las islas”. Sin embargo, y aunque quizás alguna de sus medidas fueran las correctas, “no llegó a comprender la sociedad filipina, ni juzgó conveniente atender a sus demandas, que consideró contrarias a los intereses españoles” (Elizalde, 2018: párr. 24).

¹⁰ Madrid ofreció a Weyler colocar en los principales puestos del gobierno de Filipinas a las personas que él quisiera. Sin embargo, solo llevó a sus tres ayudantes y al coronel Antonio Monroy, conocedor del país. Es más, Weyler mantuvo en sus puestos a todos, incluso al jefe del Cuerpo de Vigilancia, quien, según Retana, pudo haber evitado, mas no lo hizo, la manifestación del día 1 de marzo de 1888 (Retana, 1896: 23).

¹¹ *Gaceta de Manila*, n.º 156.

¹² Valeriano Weyler y López de Puga, su nieto, escribió también que a pesar de los que creyeron su leyenda de cruel, Weyler no fue riguroso en las represiones y menciona este suceso también, aunque asimismo indicaba que, cuando las circunstancias “reclamaban medidas enérgicas, le sobraba carácter para emplearlas” (1946: 64-65).

Su llegada a Filipinas fue bien recibida por aquellos contrarios a la política reformista de su antecesor, pero también alentó el malestar de otros sectores, como quedó de manifiesto con el ataque al puesto de la Guardia Civil en Panay (Elizalde, 2018: párr. 25). Agresión que fue rápidamente sofocada por Weyler mediante el envío de un barco con 180 soldados (Weyler, 2004: 139).

Weyler se propuso regenerar la administración y acabar con la extendida corrupción, además de ampliar la colonización sobre aquellas zonas aún no dominadas, como fueron áreas de Luzón y Bisayas, pero, sobre todo, en Mindanao y Joló, lo cual logró con éxito. Antes de su llegada había entrado en vigor el código penal, lo que causó muchos problemas. Consideró “obsesión de los sucesivos gobiernos” los afanes reformistas para con la colonia. Sin embargo, Weyler tenía otros objetivos antes que implantar reformas, y eran “hacer país” (Weyler, 2004: 164). Sus ideas pasaban por instruir a la población, por eso dedicó tanta importancia al fomento de la educación, y por mejorar en general las condiciones de vida de los filipinos. Reprimió prácticamente el bandolerismo, aunque hubo algunos lugares en los que este persistió. Puso especial atención en los organismos oficiales, visitándolos con frecuencia y sin avisar, consiguiendo en “plazo breve poner al día las tramitaciones en curso, corrigiendo al mismo tiempo los abusos”. Prohibió el juego en todo el territorio e inspeccionó todas las provincias, algo que hasta el momento no había hecho ningún gobernador general (Weyler, 2004, 141: 143). Sus objetivos se pueden resumir en estas palabras:

La enseñanza del castellano, la instrucción primaria, la agricultura, las artes y oficios, tanto en lo civil como en lo militar, fueron mi constante preocupación en provecho de España y de Filipinas. Los naturales me merecieron siempre, por sus aptitudes y su comportamiento, el mayor interés y cariño. En todo momento les consideré capaces de aprovechar estas enseñanzas y de llegar a ser buenos ciudadanos y soldados (Weyler, 2004: 168).

En suma, antes que implantar reformas, buscó impulsar el progreso del país. Por ello, “su mandato estuvo marcado por la batalla entre el reformismo que el Gobierno liberal quería impulsar desde la Península y el convencimiento del gobernador general de que esa no era la política más adecuada para Filipinas” (Elizalde, 2018: párr. 27).

| Las relaciones con las órdenes religiosas |

Las órdenes religiosas jugaron un papel fundamental en la administración de las colonias españolas. En los años de las capitanías generales de Terrero y Weyler se produjo un enfrentamiento entre dos posturas irreconciliables: de un lado, los reformistas, partidarios de profundos cambios en la estructura colonial española; de otro, aquellos deseosos de mantener el *status quo* como medio para detener las incipientes corrientes independentistas, ante las cuales “las órdenes religiosas se presentaban como un bastión” (Elizalde y Huetz, 2015: 186).

En 1564, Felipe II decidió consolidar la presencia española en Filipinas, manifestando que con esa “acción también deseaba contribuir a la expansión de la fe católica”. Progresivamente, se fueron asentando en las islas agustinos, franciscanos, jesuitas, dominicos y Hospitalarios de San Juan, así como otras órdenes menores, pasando por Filipinas más de diez mil frailes a lo largo de los más de tres siglos de presencia española (Elizalde y Huetz, 2015: 191-192).

Ese importante papel de las órdenes religiosas se entiende porque la evangelización de los nativos fue concebida como uno de los “principales fines de la presencia española en aquel ámbito”. No se entiende el papel de los frailes si no se tiene en cuenta que al interior de las islas no llegaba la presencia de la administración española, convirtiéndose así los frailes en los únicos españoles que vivían en los poblados indígenas, siendo de este modo la “verdadera correa de transmisión de la administración colonial”. Se responsabilizaban también de numerosas funciones, tanto educativas como económicas (Elizalde y Huetz, 2015: 194). Weyler también afirmó que en la mayoría de las poblaciones los párrocos eran los únicos españoles residentes y los únicos intermediarios entre estos y la administración debido a su conocimiento de los dialectos (Weyler, 2004: 169).

Cabe destacar el importante papel que desempeñaron en el ámbito educativo, ya que fundaron muchos colegios y universidades, y llegaron a monopolizar la enseñanza primaria, secundaria y superior. Pero a pesar de ser los clérigos tan valiosos para la administración colonial, esto no impidió que hubiese diferencias, en muchos casos de calado, entre unos y otros, sucediéndose numerosos conflictos con la jerarquía eclesiástica, con la administración y con la población local, e incluso entre las órdenes religiosas. Pero ni siquiera con las políticas más secularizadoras que se empezaron a producir en España entre 1830 y 1840 —con un proceso de desamortizaciones que no se aplicó en Filipinas— se pensó en disminuir el papel de los frailes (Elizalde y Huetz, 2015: 196-202).

A partir de los años setenta los vientos de reforma comenzaron a soplar en Filipinas, lo que motivó un choque entre aquellos defensores de mantener el *status quo* y aquellos más proclives a adoptar políticas más reformistas, como las que se implantaron durante el mandato de Terrero. A partir de esos años el Gobierno español llevaría una política “errática”, buscándose en muchas ocasiones la colaboración de los frailes, mientras que en otras denunció el enorme poder que tenían (Elizalde, 2018: párr. 8).

Se puede considerar a Weyler un hombre defensor de la libertad de cultos y de ideas avanzadas, algo que él mismo afirmó en sus memorias. No obstante, consciente del papel de los clérigos en Filipinas, se mostró defensor de estos, lo que le sitúa entre aquellos partidarios del mantenimiento del *status quo* en las islas. Y lo hizo por entender que su colaboración era fundamental para “mantener nuestra dominación, considerando el estado de aquellas islas”. En pocas ocasiones tuvo que desaprobado su conducta e indicó que “aunque desgraciadamente la religión ha sido en todo tiempo y lugar un instrumento político —que no ha sabido mantenerse dentro de su natural esfera—, solo ella podrá servirnos como fórmula de educación y conciliación en Filipinas”. Weyler, que viajó por

toda la isla, pudo comprobar en primera persona el modo de hacer de los frailes con la población indígena, señalando su “abnegación ante tanta penuria y su meritoria labor”, con un espíritu “comprensivo y tolerante” que les granjeaba el afecto de la población (Weyler, 2004: 169).

Según Weyler, esto último no lo entendían aquellos que opinaban terminada la secular misión de las órdenes religiosas en Filipinas. Proponía —como posible opción para poder continuar con los notables resultados de los clérigos, sustituir a estos—, “labor que no podría improvisarse sin una previa instrumentalización civil que ni siquiera se había intentado”. No obstante, veía muchos inconvenientes a esta medida:

Los mismos franciscanos carecían de estabilidad en sus destinos, merced a los frecuentes cambios políticos y nunca se les hubiera podido exigir el sacrificio y la entrega que, especialmente en los pueblos del interior, realizaban los párrocos. Debo añadir en su defensa que también dieron reiteradas muestras de patriotismo, y fueron muchos los servicios que, a cambio de sus vidas, nos prestaron cuando estalló la guerra internacional (Weyler, 2004: 169).

Para Weyler era lógico que los enemigos de España quisieran acabar con la influencia y poder de los religiosos, ya que “privándonos de su valiosa actuación, nuestra soberanía hubiera peligrado”, y consideraba que aquellos contrarios a España actuaban con “parcialidad y fanatismo” (2004: 169-170). Para civilizar y someter ese extenso territorio, opinaba también que era necesario contar con “el patriótico celo de las órdenes religiosas”, según indicaba en una carta dirigida al ministro de Ultramar el 22 de septiembre de 1889 (Retana, 1896: 434). Como escribió el nieto de Weyler, los religiosos “con la enseñanza del castellano y de la religión de Cristo contribuían en no pequeña parte a la unificación de un territorio poseedor de una gran diversidad religiosa y lingüística” (Weyler, 1946: 65).

| Reorganización de la enseñanza e impulso del castellano |

En los años setenta, Segismundo Moret, ministro de Ultramar, trató de reformar la educación de Filipinas, centralizándola por el Estado y cambiando los métodos y contenidos de estudio, creando un cuerpo de profesorado civil que sustituyera a los religiosos, lo que motivó la consecuyente y airada réplica de estos (Elizalde y Huetz, 2015: 211)¹³. Weyler por su parte dedicó grandes esfuerzos al fomento de la educación primaria en Filipinas, pues a su llegada era una de los aspectos de la administración que precisaba “mayor estudio y más eficaz impulso” (Retana, 1896, 239)¹⁴.

¹³ Una compilación de todo lo legislado sobre la instrucción primaria en Filipinas se encuentra en D. Grifol (1894).

¹⁴ Hasta aproximadamente los años setenta la enseñanza primaria había andado de “capa caída” y hasta entonces había estado en manos de los religiosos, “que en todo tiempo fueron en Filipinas los más entusiastas y decididos partidarios de la educación popular” (Retana, 1896: 237).

A difundir la instrucción dedicó todos sus desvelos, confiando en que era “el mayor de los bienes” que podía dejar al pueblo filipino¹⁵. “Nada era para mí más esencial que la instrucción de este pueblo”, escribió Weyler, quien también creía que el castellano “no solo era indispensable para la mejor relación entre gobernantes y gobernados, sino que constituía primordialmente un lazo espiritual de inestimable valor”. En su afán viajero que le llevó a visitar todas las provincias de Filipinas, no descuidó tampoco las escuelas, de las que obtuvo una “impresión desoladora” al contemplar el escaso celo de los profesores, la escasez de alumnos y los defectos en el mobiliario, los edificios y el material de enseñanza. Además, en las escuelas se prescindía del castellano y se enseñaba en los dialectos locales, lo que le llevó a prescribir la enseñanza del castellano (Weyler, 2004, 167).

Con el objetivo de alcanzar la mayor eficacia en el impulso de la enseñanza del castellano, dictó una serie de disposiciones que lograron dotar a las escuelas en año y medio del siguiente material:

1700 pizarras con sus trípodes, 6400 cajas de tizas, 13500 cartillas de agricultura, 1600 geografías, 23200 tinteros, 70400 abecedarios, 2340 colecciones de carteles de lectura, 31 500 gramáticas, 32000 aritméticas, 18023 resmas de papel, 80000 catecismos, 50 000 cortaplumas, 1700 mapas de Filipinas, 2300 de España, 900 globos terráqueos, 100 esferas celestes, 12 000 botellas de tinta y gran cantidad de elementos secundarios (Weyler, 2004: 167).

Por si esto fuera poco, y no sin gran esfuerzo, se crearon 113 nuevas escuelas, lo que hacía un total de 1074 colegios en Filipinas¹⁶. Como a los maestros se les exigió un mayor esfuerzo y preparación, también se les concedió un aumento de sueldo. La enseñanza secundaria y superior eran impartidas por dominicos y jesuitas. Ensalzaba Weyler la labor de los dominicos, que dirigían la Universidad de Santo Tomás de Manila, cubriendo sus gastos con sus propios recursos, “sin gravar al Estado” (Weyler, 2004: 167-168). No obstante, Weyler también secundó las directrices gubernamentales destinadas a profesionalizar la enseñanza a través de maestros laicos (Elizalde, 2018: párr. 34).

Respecto a la enseñanza del castellano, sus disposiciones del 31 de julio de 1888; 16 de enero; 4, 5 y 9 de febrero; 5 y 30 de marzo, y 14 de diciembre de 1889, fueron para Retana, que no ahorra elogios hacia Weyler, “un prodigio de legislación, nueva muestra del talento flexible y en toda materia hondo del ilustre general”. Y destacaba de entre todas aquella por la que se prohibía hablar en las escuelas otra lengua que no fuese la castellana (Retana, 1896: 240).

Weyler estaba convencido de que “la instrucción es el mayor de los beneficios, para soldados y ciudadanos en general”, por lo que dedicó grandes esfuerzos a proporcionársela a los indígenas en las escuelas y cuarteles, priorizando la enseñanza del español. Y esto era lógico, ya que si los oficiales peninsulares desconocían los dialectos

¹⁵ Archivo General Militar de Madrid (en notas sucesivas AGMM), memoria del capitán general de Filipinas, caja 5323, carpeta 4.

¹⁶ Retana dio las siguientes cifras, distinguiendo entre escuelas de niños y niñas, que en junio de 1888 eran 1018 de niños y 990 de niñas. Cuando cesó Weyler en noviembre de 1891, eran 1074 de niños y 1040 de niñas, por lo que el aumento era de 106 (1896: 242-243).

no podrían entenderse con los hombres que tenían que mandar. A su vez, los indígenas, al desconocer el castellano, tampoco podrían ascender a cabos y sargentos. Para remediarlo, creó en Manila una escuela para los aspirantes a cabo, con excelentes resultados, ya que se cubrieron todas las vacantes. En el regimiento peninsular también hizo lo mismo, con idénticos resultados (Weyler, 2004: 157).

| Organización militar |

Weyler recogió en sus memorias una enumeración de las unidades militares que España desplegaba en el archipiélago filipino:

Siete regimientos de infantería de línea, número 68 al 74 inclusive, con clases peninsulares (cuatro en pie de guerra con 1300 hombres y tres en pie de paz con 807 indígenas); un escuadrón de lanceros de Filipinas de 120 caballos, un batallón disciplinario de cuatro compañías y una sección; los tercios números 20, 21 y 22 de la guardia civil, un batallón de obreros de ingenieros, una sección de la guardia civil veterana que prestaba servicios de orden público, un batallón de carabineros de tres compañías, un regimiento de artillería de dos batallones a seis compañías, que era el único peninsular, y una brigada sanitaria. // Las fuerzas marítimas estaban compuestas por dos cruceros (*Castilla* y *Reina Regente*, de 3.000 toneladas), tres de segunda (*Ulloa*, *Asturias* y *Velasco*, de 1.150 toneladas), los transportes *San Quintín* y *Manila*, el aviso de tercera *Marqués del Duero* de 500 toneladas, los cañoneros *General Lezo* y *Elcano*, los vapores *Argos* y *Cebú*, ocho cañoneros de tercera, de los que solamente dos excedían de 100 toneladas y algunas lanchas cañoneras. Guarnecía el arsenal de Cavite un regimiento de infantería de marina (2004: 139).

Los efectivos eran en su mayoría indígenas, lo que obligaba a dedicar “atención especial a la acción política” (Weyler, 2004: 139). Esto último era una de las peculiaridades del ejército en Filipinas, puesto que sus unidades se nutrían de soldados indígenas al mando de oficiales peninsulares. La única unidad que disponía de tropas peninsulares era el Regimiento de Artillería, debido a la disolución del regimiento indígena en 1872 como resultado de haberse amotinado parte de sus integrantes en Cavite. Infantería constituía la mayor parte de la organización militar del archipiélago¹⁷. Sus siete regimientos estaban mandados por tenientes coroneles. No obstante, no estaban al completo y sus plantillas equivalían a las de un batallón, con 796 hombres, y solo los oficiales y la mitad de los soldados eran peninsulares (Puell, 2003: 191).

¹⁷ Este motín estalló el 20 de enero de 1872 y estuvo organizado por civiles reformistas con el apoyo, entre otros, de sacerdotes que demandaban que las parroquias filipinas se devolviesen al clero secular. Tres de estos sacerdotes, muy queridos por la población, Mariano Gómez, José Burgos y Jacinto Zamora, fueron apresados y ajusticiados, lo que acabó convirtiéndolos en símbolos de un incipiente movimiento nacionalista, además de despertarse entre amplios sectores de la población una animosidad hacia la administración colonial y hacia los frailes, por considerar que estos últimos estaban detrás del duro castigo aplicado a los tres religiosos (Elizalde y Huetz, 2015: 211-212).

Para un completo estudio de este suceso, véase J. Schumacher (2004).

Scheidnagel escribió en 1893 acerca de lo insuficiente de estas tropas respecto a la extensión del territorio que debían de proteger, indicando que “si se compara el efectivo de las tropas con la extensión, población y condiciones del país, inmediatamente comprendemos que no aparece una proporción natural” (1893: 12). Un ejército formado por indígenas en su mayor parte, que no entendía el idioma de sus oficiales ni estos el de sus soldados, por lo que Weyler creía que acabar con la “influencia de los párrocos, es quitarla al elemento español”, y entonces sería necesario un ejército totalmente peninsular, como en Cuba y Puerto Rico (Retana, 1896: 106-107).

Las cifras dadas por Puell de la Villa son de las fuerzas españolas en 1896, pero esos regimientos no solían superar los 800 hombres. En 1889 los siete regimientos de Infantería eran: *España* n.º 1; *Iberia* n.º 2; *Magallanes* n.º 3; *Mindanao* n.º 4; *Bisayas* n.º 5; *Joló* n.º 6, y *Manila* n.º 7. El año de la llegada de Weyler a Filipinas la fuerza total en revista era de 14 894 soldados, de los que estaban disponibles 12840, es decir, que faltaban para completar 1991¹⁸. Cifra muy similar a la que da Togores para el año 1879, en el que indica que había 12198 hombres en el Ejército y 1613 en la Armada. Números obviamente insuficientes y que contrastaban con las fuerzas británicas en la India, que según este autor en ese mismo año eran de 40 160 europeos y 311000 nativos, mandados por 5362 oficiales británicos (Togores, 2019: 59)¹⁹.

Según la *Guía Oficial de Filipinas* de 1889, el mando del Ejército estaba en el capitán general, que era también el gobernador general de Filipinas. En su ausencia o por enfermedad era sustituido por un segundo cabo, que era mariscal de campo y el gobernador militar de Manila. En cuanto al cuerpo de EM, estaba compuesto por un brigadier jefe, un coronel, un teniente coronel y seis comandantes. Existía también una sección de guardias del capitán general, creada por orden de 19 de noviembre de 1874, que constaba de un sargento, cuatro cabos y veinte soldados “al mando de un subalterno: todos pertenecientes al regimiento peninsular de Artillería”. Por otro lado, el gobierno militar de Manila era el único de esta clase en Filipinas. Existían también una serie de comandancias militares: Isabela de Luzón, Cagayán, Nueva Vizcaya y Saltán (1889: 282-283). En 1840 el territorio de Filipinas fue dividido en tres distritos —Luzón, Mindanao y Bisayas— bajo el mando de generales de brigada, con 25 gobiernos y 13 comandancias político-militares con un militar al frente (Puell, 2003: 190).

La infantería sufrió multitud de reorganizaciones a lo largo de los años, pero para el año 1889, tal como también reflejaba la *Guía Oficial de Filipinas*, estaba formada por siete regimientos, constituidos por un batallón de seis compañías. No obstante, esta guía solo señala que estaban en pie de guerra dos de los regimientos, mientras que Weyler indicó cuatro y los numeró de 68 al 74 en vez del 1 al 7 (1889: 285-286)²⁰.

¹⁸ AGMM, memoria del capitán general de Filipinas, caja 5323, carpeta 4.

¹⁹ La penosa situación del ejército desplegado en Filipinas era un reflejo de lo que sucedía en el ejército, que carecía de toda operatividad y en el que la relación entre mandos y tropa “alcanzaba proporciones de opereta”: 282 generales, 2163 jefes y 13606 oficiales para 86 533 soldados (Puell, 2009: 118).

²⁰ La fuerza de Caballería se limitaba al Escuadrón de Lanceros de Filipinas. El servicio que prestaba era la conducción de pliegos y dar escolta en determinados actos (AGMM, memoria del capitán general de Filipinas, caja 5323, carpeta 4).

Respecto a la Guardia Civil, sus tres tercios vinieron a sustituir a los tercios de Policía, partidas de Seguridad y fuerzas del Ejército destinados a la persecución de criminales. En cuanto a los carabineros, este cuerpo había tenido un carácter civil desde su creación y hasta 1877, año en que se organizó militarmente en cuatro comandancias independientes, reducidas a dos en 1882, como se señala en la *Guía Oficial de Filipinas* de 1889, donde también se indica que en su definitiva constitución fue en 1883, con una sola comandancia, al mando de un teniente coronel, compuesta por seis compañías, tres de ellas en Manila. Sin embargo, en 1888 volvieron a reorganizarse al quedar formadas en tres compañías mandadas por un comandante y situadas en Manila, Cavite, Bisayas y Mindanao (1889: 288-289).

Existía también un batallón disciplinario, formado en 1885 e integrado por cuatro compañías y una sección correccional. En lo que respecta a la Artillería, la *Guía Oficial de Filipinas* de 1889 recogía que había estado formada como regimiento de dos batallones con una compañía de europeos en cada uno, pero tras los sucesos de Cavite de 1872 fue disuelto y se organizó sobre la base de esas dos compañías de peninsulares un “regimiento peninsular de dos batallones con seis compañías cada uno, cinco de ellas de a pie y la última de montaña”. Además de este regimiento, existió también la Compañía de Milicias Disciplinarias de Artillería de Marinas y una Compañía de Obreros en la Maestranza (1889: 288-289)²¹.

El capitán general estaba siempre auxiliado por un segundo cabo, un general de dos estrellas que además de supervisar las tropas de Infantería, Caballería, Guardia Civil y Carabineros, era el gobernador militar de Manila. El EM estaba formado por cinco secciones: organización, administración, personal, justicia y reclutamiento. Existía un férreo control desde Manila de todas las unidades dispersas por este inmenso archipiélago, lo que no deja de llamar la atención por la poca efectividad que esta medida podía tener (Puell, 2003). El 1 de enero de 1889 el segundo cabo de Weyler era el mariscal de campo Antonio Moltó y Díaz Berrio, y sus ayudantes de campo el teniente coronel de Infantería Adolfo Cotón, el comandante capitán de Artillería Federico Valera, el capitán de Infantería Guillermo Pintos y el comandante capitán de Infantería Guillermo Lanza (1889).

Conforme la ley, todos los destinos militares al archipiélago se tenían que cubrir con personal profesional voluntario, que debía comprometerse a servir durante un mínimo de seis años. Sin embargo, debido a la lejanía del territorio, a su clima, y al carácter de las tropas que tenían que mandar, jamás hubo abundancia de voluntarios para ocupar destino militar en Filipinas, por lo que se tuvo que recurrir a equiparar su sueldo con el de los funcionarios civiles para lograr atraer más oficiales. No obstante, esta medida tampoco tuvo mucho éxito, ya que la oficialidad peninsular era “más propensa a marchar a las Antillas, en cuyos destinos gozaban de sueldos similares, el ambiente era mucho más europeo y el plazo de mínima permanencia era inferior “(Puell, 2003: 193).

²¹ A estas fuerzas había que sumar los ingenieros, el EM de plazas, el cuerpo administrativo, el de Sanidad Militar, el jurídico militar, el clero castrense y la sección de inválidos.

Fue sobre todo la naturaleza de las tropas que tenían que mandar lo que motivó las importantes reticencias a pedir destino en Filipinas. Los oficiales españoles mostraban rechazo a tener que mandar a soldados con los que apenas podían establecer algún tipo de contacto por sus dificultades para hablar castellano y por su “carácter cerrado e imprevisible”. Por ello, un abundante número de oficiales acudieron a las islas básicamente para enriquecerse. Por si esto fuera poco, en muchas ocasiones los mandos inferiores los desempeñaron oficiales de la Escala de Reserva, procedentes de las clases de tropa, muchos de los cuales acaban al frente de gobiernos y comandancias político-militares, “donde su precaria formación cultural y profesional tenía lamentables repercusiones sobre la vida cotidiana de la población” (Puell, 2003: 194).

Hasta mediados del siglo XVIII no hubo una fuerza marítima de carácter permanente, que se formó para combatir sobre todo a la piratería mora de Mindanao y Joló. En Cavite se construyó un arsenal que resultaba “indefendible por tierra y mar”, y aunque se propuso varias veces durante el siglo XIX trasladar esta base naval a la bahía de Subic, finalmente no se llevó a cabo (Puell, 2003: 5)²². La marina se encargaba de proteger las comunicaciones de las islas y de su defensa, en estrecha colaboración con el Ejército, realizando numerosas operaciones combinadas. No obstante, y debido a la extensión del archipiélago, no eran suficientes, lo que se tradujo en una importante debilidad defensiva que “impidió un control efectivo sobre la totalidad del archipiélago”. Así, hubo determinadas regiones en las que los focos rebeldes pudieron resistir y en las zonas más lejanas se instalaron compañías extranjeras (Elizalde, 1998: 302). El estado de la marina no mejoró mucho tras abandonar Weyler Filipinas, y las tripulaciones de los buques y del arsenal de Cavite quedaron fijadas en 2174 marineros y 398 soldados de infantería de marina (Franco, 2012: 100). Madrid siempre ignoró —lo que resultó un grave error— el importante papel que una fuerza marítima podía tener en la defensa de Filipinas, ya que de producirse un conflicto bélico con alguna potencia colonial este solo podría ser marítimo (Puell, 2003: 193).

Los contenciosos con Gran Bretaña y Alemania en el Pacífico lograron que los temores de los marinos, conscientes de su inferioridad de medios, fueron escuchados y se promulgó la ley Rodríguez Arias de 1887 para tratar de remediar las carencias de las fuerzas navales desplegadas en Filipinas. Así, los tres primeros cruceros que se construyeron durante la Restauración fueron enviados al Pacífico y en 1890 se ampliaron las fuerzas navales en Filipinas, “incluso antes que las destinadas a las Antillas” (Togores, 2019: 62).

A pesar de existir un expediente sobre la organización del ejército en Filipinas, no se resolvió nada durante la capitanía general de Weyler. Lo único que se hizo desde Madrid fue crear una Junta de Defensa por Real orden de 12 de noviembre de 1890, además de aprobar las medidas que Weyler adoptó. Este ejército estaba formado por peninsulares

²² Según la *Guía Oficial de Filipinas* de 1889, este arsenal quedó constituido por decreto de 15 de junio de 1870, “bajo las bases y ordenanzas de los de la Península”. También había tropas de Infantería de Marina. Así, y bajo el nombre de tropas embarcadas del Apostadero de Filipinas, existían dos compañías: una formada por peninsulares y la otra por indígenas. Además, estaba la compañía de Guardias de Arsenales, compuesta en su totalidad por peninsulares. Una Real orden de 2 de junio de 1889 dispuso el traslado al archipiélago del tercer regimiento de Infantería de Marina, puesto por el capitán general de Filipinas de guarnición en Cavite (1889: 300).

e indígenas. Los primeros constituían el regimiento de artillería, compuesto por 1.482 individuos de tropa y un coronel, dos tenientes coroneles, dos comandantes, 16 capitanes y 38 tenientes (Retana, 1896: 301-302).

Según se ha visto en los datos aportados por Weyler, el ejército contaba con siete regimientos de infantería, cuatro de ellos en pie de guerra, con 1300 hombres cada uno, y tres en pie de paz, con 807 hombres. Existían además tres tercios de la Guardia Civil, numerados del 20 al 22, con 1094 hombres el 20.º tercio, 1247 el 21.º y 1001 el 22.º. La sección de la Guardia Civil Veterana, como cuerpo de seguridad en Manila, estaba integrada por 400 hombres. El batallón de carabineros con 416; el de ingenieros con 443; un escuadrón de caballería formado por 159 individuos de tropa, y una brigada sanitaria integrada por 135 hombres (Retana, 1896: 302-303)²³.

Para Weyler la fuerza de la Guardia Civil era insuficiente para desempeñar sus funciones, debido a un aumento de la criminalidad como consecuencia de la aplicación del código penal y la creación de los juzgados de paz, “innovaciones para las cuales no estaba preparado el país”. Lo mismo consideraba de los carabineros, desde que, durante el mando de su antecesor y “sin convencimiento suyo”, se suprimieron dos compañías.²⁴

Cuando Weyler regresó a la Península en noviembre de 1891 ese ejército sumaba un total de 13775 hombres. En noviembre de 1888, solo unos meses después de su llegada a Filipinas, las fuerzas disponibles eran de 12840. Como bien indicaba Retana, el aumento solo había sido de 995 hombres disponibles, y aun así, y es buena muestra del talento de Weyler, se había conseguido conquistar la laguna de Lanao, puesto fin a la rebelión en las islas Carolinas y protegido puntos donde hasta entonces no había habido presencia española. Con estas escasas fuerzas había ocupado numerosos puntos en Luzón y en Mindanao (Retana, 1896: 304-305).

De entre sus operaciones militares destaca el que llegase a someter la isla de Mindanao, donde había arraigado con fuerza la religión islámica. La operación estaba planificada desde hacía treinta años, pero por diversas razones no se había llevado a cabo²⁵. Dado que fue necesario establecer guarniciones permanentes en puntos de la costa, se le autorizó a organizar dos nuevos regimientos provisionales —*Filipinas 1 y 2*—, e integrar en un batallón las dos compañías disciplinarias, pero no se enviaron refuerzos adicionales (Puell, 2003: 197). Esta campaña tiene importancia por el uso que se hizo de las trochas, o líneas fortificadas, que tan buen resultado le dieron. Señalaba Weyler que se había concedido gran importancia a la construcción de la trocha de Tukurán a Misamis, “con objeto de establecer una comunicación de norte a sur, que no existía, e impedir las correrías de los moros en los poblados de tribus pacíficas que trataban de esclavizar” (Weyler, 2004: 173). Durante su mando se construyó la trocha de Tukurán a Lintogud, que fue la línea militar de ocupación española en la zona más estrecha de Mindanao, en

²³ Son las mismas cifras que Weyler dejó en su memoria sobre su mando en Filipinas. AGMM, memoria del capitán general de Filipinas, caja 5323, carpeta 4.

²⁴ *Ibidem*, caja 5323, carpeta 4.

²⁵ Terrero había terminado en 1887 las operaciones de Río Grande, en Mindanao. En opinión de Weyler con esto solo se había logrado alertar al enemigo, pero “no realizar una firme campaña” (Weyler, 2004: 173).

dirección norte a sur, y que medía 28 km. Estaba protegida por tres destacamentos (González, 1894: 47).

Las operaciones de Mindanao se dilataron durante cuatro meses, y solo costaron 200 bajas a las fuerzas españolas, incluidas las causadas por una epidemia de gripe. Weyler manifestó que “una ocupación pacífica no habría costado menos, por las fatigas, condiciones climatológicas, privaciones e insalubridad en algunos terrenos”. Además, no pidió ningún crédito extraordinario al Gobierno. Para concluir el relato de su exitosa campaña de Mindano, indicó que muchos habían sido “los trabajos y penalidades de mis escasísimas tropas, y no menor su entereza ante los estragos de las epidemias y el arrojo de un enemigo fanático, dotado generalmente con abundante artillería” (Weyler, 2004: 183).

En cuanto a la distribución de las fuerzas militares por destacamentos —que arrojaba unas cifras muy escasas debido a la extensión del archipiélago—, manifestaba Retana acertadamente que la consecuencia de todo esto era que en Filipinas se dominaba “más por el ascendiente de raza, mantenido de un modo principalísimo por las corporaciones religiosas”. El número de peninsulares sirviendo en el ejército era muy escaso, a excepción de los soldados de artillería. El resto eran nativos que se reclutaban en regiones en las que no se hablaba el castellano, con las dificultades que esto implicaba para sus oficiales. Este escaso número de peninsulares empujó a Terrero a barajar la idea de crear un batallón de cazadores, algo que rechazó Weyler por considerar que podría crear recelos entre los soldados indígenas y el nuevo batallón. En este punto Retana vuelve a mostrarse contrario a las reformas políticas en Filipinas promovidas desde el Ministerio de Ultramar, porque acabarían reduciendo el poder que las órdenes religiosas tenían. También señalaba que el soldado europeo era, por lo general, poco resistente en teatros de operaciones como el de Filipinas, debido al clima de las islas, algo que ya habían sufrido los españoles en Cuba y en Santo Domingo y de lo que Weyler tenían sobrada experiencia (Retana, 1896: 320-321).

En lo que respecta a la organización militar, logró que los artilleros, “sustituidos por ser peninsulares”, se reintegraran a su cuerpo. Dictó normas para la vestimenta, y suprimió los capotes, por considerarlos “excesivamente pesados”. También tuvo la acertada idea de establecer el sombrero de paja, mucho más efectivo para el clima de aquellas regiones. Prestó atención a la buena conservación de los armamentos²⁶. Al observar la deficiente construcción de los alojamientos y de su acondicionamiento, dictó órdenes para “establecer su emplazamiento en relación con la aguada”. Era tal su preocupación por el alojamiento de los soldados, que además de poner a disposición de los destacamentos herramientas y material de enseñanza necesarios, también propuso que se cultivase una huerta. Así, “pretendía proporcionarles, no solo comodidad y seguridad defensiva, sino también entretenimiento; y la posibilidad de subsistir, en el caso de un asedio prolongado” (Weyler, 2004: 157).

²⁶ El fusil usado era el *Remington*, que Weyler consideraba atrasado, pero del que nada más se podía objetar mientras no fuese adoptado un modelo más moderno en la Península. AGMM, memoria del capitán general de Filipinas, caja 5323, carpeta 4.

Cuando Weyler abandonó Filipinas, no propuso aumentar el número de tropas en el archipiélago, pero sí indicó cómo debía hacerse la reorganización del regimiento de artillería, con un batallón en Manila, para la defensa, dando un destacamento a Cavite; otro batallón dispuesto para salir, “dando los destacamentos de Mindanao y Soló para el servicio de las fuerzas”, y formar con las dos baterías de montaña una unidad con la remonta o reducir las dos baterías a una²⁷.

De las reformas que planteó merece la pena destacarse las más importantes. Por ejemplo, dispuso que los destacamentos de las zonas salvajes de Luzón estuviesen compuestos por “naturales de los puntos inmediatos, para facilitar la inteligencia de unos y de otros”, al hablar dialectos iguales o similares. También que cada guarnición y destacamento estuviese compuesto de unidades orgánicas. Consiguió un cuadro de penas para los desertores indígenas más humanitario que el existente en el Código de Justicia Militar; amplió el personal de los tercios civiles; corrigió la contabilidad; fomentó, como ya se ha explicado, la enseñanza del castellano entre los soldados indígenas; se preocupó de que todos los destacamentos tuviesen los utensilios y provisiones necesarias. Igualmente, importante fue su preocupación por los hospitales. Creó, además, las comandancias político-militares.

El aumento de la fuerza de los tercios civiles fue para Retana una acertada medida debido a la escasez de fuerzas del ejército “y a la gran necesidad que había de ellas”, por el ambicioso plan colonizador de Weyler. Sus resultados fueron óptimos y reemplazaron el plan del Ministerio de Guerra de crear un regimiento de voluntarios para colonizar Mindanao, “que no pudo realizarse porque nadie se brindó a serlo a pesar de las ventajas ofrecidas” (Retana, 1896: 321-323).

Dejó también unas instrucciones acerca de la composición y fuerza de los destacamentos, y de la protección que debían darse. Infantería seguía estando compuesta de siete regimientos: uno en Joló en pie de guerra; otro en Zamboanga; un regimiento en pie de guerra en Parang-Parang; uno en Cavite en pie de paz, y tres en Manila, dos de ellos en pie de paz y el otro en pie de guerra²⁸.

Terminaba Weyler el capítulo de sus memorias referido a Filipinas indicando que hizo partícipe a su sucesor, el conde de Caspe, de la necesidad de construir caminos y comunicaciones ópticas y eléctricas. También, lo oportuno de crear un tercio de la Guardia Civil en Zamboanga. Se quejaba asimismo del sucesor del conde de Caspe, Ramón Blanco, marqués de Peña Plata, quien se apartó del plan que Weyler había ideado de “avance metódico y política de atracción”, y organizó una campaña con 4000 hombres que finalizó con la toma de Marahuí, por lo que se le recompensó con el tercer entorchado. Entonces, se acordaron de que “algo había hecho en aquellas islas”, y se le concedió la gran cruz de María Cristina. Finalizaba lamentándose de que “una vez más en nuestra historia colonial, se repetía el caso, por unos u otros motivos, de que nuestro

²⁷ *Ibídem*, caja 5323, carpeta 4.

²⁸ AGMM, comprobantes correspondientes a la memoria del mando del teniente general Valeriano Weyler en Filipinas, caja 5323.

trabajo resultara semejante al de Penélope, destejiendo, una y otra vez, lo tejido antes” (Weyler, 2004: 184).

Del ejército colonial de Filipinas existe una importante penuria historiográfica. Puell de la Villa, uno de sus mejores conocedores, lamenta la escasez de publicaciones sobre este ejército en las últimas décadas. No obstante, lo que más le llama la atención es que esta carestía también se manifiesta en los militares decimonónicos, señalando que solo una veintena de estos dejaron constancia de sus experiencias en Filipinas. Y de los 50 libros que escribieron, solo doce abordaron temas puramente militares (Puell, 2003: 189). Sin duda, las guerras de Cuba, las carlistas o la guerra de Marruecos acapararon el interés de los tratadistas militares, aunque las campañas de Filipinas también pudieron ser una importante fuente de experiencias, sobre todo, de cara a la guerra irregular.

| Conclusiones |

El mandato de Weyler en Filipinas supuso una vuelta a la colaboración con las órdenes religiosas, aunque no por ello cediese en sus atribuciones, y un freno a las reformas emprendidas por su antecesor Terrero. Por ello, no tuvo conflictos con los religiosos ni con los sectores conservadores. Contrario a aplicar las reformas que el ministro de Ultramar Manuel Becerra quería desarrollar, por no considerarlas necesarias en aquellos momentos, Weyler se centró en lo que denominó “hacer país” a través de una regeneración de la administración, de la lucha contra la corrupción o del fomento de la educación entre la población nativa. También se impulsó la enseñanza del castellano, algo que ya había sido intentado por Terrero.

Bajo su gobierno se construyeron nuevos caminos, se dedicó atención a la sanidad, se inauguró el primer tranvía a vapor, el de Malabón, y se construyó el primer tramo de ferrocarril, de Manila a Dagupan. Gracias a sus excelentes dotes militares, y a pesar del escaso número de soldados con los que contó, pudo extender la zona de dominación española, estableciendo comandancias político-militares y misiones para controlar mejor a la población.

En suma, durante el mando de Weyler se acentuó la presión militar y colonial sobre el Archipiélago, en un marco de enorme tensión entre los sectores reformistas y los conservadores, a lo que se añadía una creciente hostilidad hacia los religiosos. Si bien las órdenes religiosas han sido suficientemente estudiadas, esto no ha sido así con la enseñanza, sobre la que hay escasez de trabajos y que convendría estudiar más. Lo mismo sucede con la historia militar de Filipinas, relativamente descuidada por la historiografía.

| Referencias |

Alonso, M. (1971). *El ejército en la sociedad española*, Madrid, Ediciones del Movimiento.

- Caulín, A. (1993). “Wenceslao E. Retana y la historia de Filipinas”, *Espacio, tiempo y forma. Serie V. Historia contemporánea*, 6, pp. 419-440.
- Díez Muñiz, A. (1991). “Binondo. Foco de conflicto político-religioso entre gremios”, *Hispania Sacra*, 43, pp. 647-676.
- Ejército de Filipinas. Estado militar de todas las armas e institutos y escalafón general* (1889), Manila, Establecimiento Tipográfico de Ramírez y Compañía.
- Elizalde, M. D. (1992). “España en el Pacífico. La colonia de las islas Carolinas 1885-1899”, Madrid, Instituto de Cooperación para el Desarrollo.
- Elizalde, M.D. (1998). “Los territorios españoles de Ultramar en 1898: Filipinas, Marianas, Carolinas y Palaos”, *Ciudad y territorio: Estudios territoriales*, 116, pp. 299-320.
- Elizalde, M. D. y X. Huetz (2015): “Un singular modelo colonizador: el papel de las órdenes religiosas en la administración española de Filipinas, siglos XVI al XIX”, *Illes i Imperis: Estudios de historia de las sociedades en el mundo colonial y post-colonial*, 17, pp. 185-222.
- Elizalde, M. D. (2016). “Emilio Terrero y Perrinat, un reformista al frente del gobierno general de Filipinas (1885-1888)”, *Revista Hispanoamericana*, 6.
- Elizalde, M. D. (2018). “Gobierno colonial y órdenes religiosas en Filipinas en las últimas décadas del siglo XIX”, En Huetz, X., Álvarez, G. y M. D. Elizalde (coord.), Madrid, Casa de Velázquez, pp. 115-117.
- Franco, H. (2012). “Organización de la Marina en las Filipinas. Acaecimientos y evolución”, *Revista de Historia Naval*, 66, pp. 45-103.
- González, J. (1894). *Memoria de Mindanao*, Manila, Estab. Tipo-Litográfico de Ramírez y Comp.^a.
- Grifol, D. (1894). *La instrucción primaria en Filipinas*, Manila, Tipo-Litografía de Chofré y Comp.^a.
- Guerrero, A. (2020). “Contrainsurgencia en la Guerra de los Diez Años en Cuba: Weyler y los Cazadores de Valmaseda”, en Guerrero, A. (edit.), *Imperialismo y ejércitos*, Granada, Universidad de Granada, pp. 439-459.
- Guía Oficial de Filipinas* (1889): Manila, Tipo-Litografía de Chofré.
- Montero y Vidal, J. (1886). *El archipiélago filipino y las islas Marianas, Carolinas y Palaos*, Madrid, Imprenta y Fundición de Miguel Tello.
- Puell de la Villa, F. (2003). “El ejército español en Filipinas”, en Elizalde, M. D. (ed.), *Las relaciones entre España y Filipinas. Siglos XVI-XX*, Madrid-Barcelona, Casa Asia-CSIC, pp. 189-206.
- Puell de la Villa, F. (2009). *Historia del ejército en España*, Madrid, Alianza Editorial.

Retana, Wenceslao E. (1896). *Mando del general Weyler en Filipinas. 5 de junio 1888-17 noviembre 1891. Apuntes y documentos para la historia política, administrativa y militar de dichas islas*, Madrid, Vda. De M. Minuesa de los Ríos.

Scheidnagel, M. (1892). *Ejército colonial*, Madrid, Pacheco.

Schumacher, J. (2004). *Burgos and the Cavite Mutiny of 1872*, Quezon City, Ateneo de Manila University Press.

Togores, L. E. (2019). “La defensa de la soberanía española en Filipinas antes de la guerra del 98”, *Revista de Historia Militar*, II extraordinario, pp. 47-86.

Weyler, V. (2008). *Memorias de un general*, Barcelona, Altaya.

Weyler y López de Puga, V. (1946). *En el archivo de mi abuelo: biografía del capitán general Weyler*, Madrid, Verdad.

Wickberg, E. (1965). *The Chinese in Philippine life, 1850-1895*, New Haven, Yale Univ. Press.

| Nota biográfica |

Alberto Guerrero Martín. Doctor en Historia Contemporánea (UNED) y miembro de la Junta Directiva de la Asociación Española de Historia Militar (ASEHISMI). Publicaciones recientes: “Contrainsurgencia en la Guerra de los Diez Años en Cuba: Weyler y los Cazadores de Valmaseda”, en *Imperialismo y ejércitos* (2020); “Rusia y su reforma militar: el resurgimiento como gran potencia” (Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, 2020), y “La marina del cuerpo del cuerpo de Guardias Revolucionarios Islámicos y la guerra naval asimétrica” (*Instituto Español de Estudios Estratégicos*, 2021). Asimismo, es coeditor de *Mujeres en la guerra y en los ejércitos* (Los Libros de la Catarata, 2019) y editor de *Imperialismo y ejércitos* (Universidad de Granada, 2020).